

Vals Postmoderno: UNA CANCIÓN

Por David Huerta



Sebastián salió de su café favorito de Coyoacán con un ejemplar –oro en polvo– de *Salmagundi* bajo el brazo. Esa palabra, el nombre de esa revista, le gustaba enormemente: ¿qué quería decir? Lo hechizaba de un modo absoluto, obsesionante, envolvente: “salmagundi, salmagundi”, se repetía fascinado, por lo bajo. Caminó dos minutos exactos frente a la iglesia de San Juan Bautista y admiró a tres muchachas despeinadas y pulcras, hermosísimas –de catorce o dieciséis años de edad, no más–; vio de lejos a un escritor sumamente admirado pero *no* postmoderno, y por añadidura mexicano, y luego cruzó de nueva cuenta la calle de Felipe Carrillo Puerto, mártir socialista, para abordar una “pesera”.

En el café, donde se pasó sus buenas y locuaces dos horas, había escuchado despotricar a Pepe Grillo. El viejo profesor se había lanzado de lleno contra las entusiastas lecturas recientes de Sebastián:

–¡Puras pinches modas intelectuales, ya ni la friegan! –exclamó Pepe Grillo, ante el azoro de Sebastián. A ver, a ver: ahora se les ocurrió lo de la postmodernidad, ¿luego qué será? Porque con esto no se van a quedar tranquilos, eso me consta. Si yo ya pasé por eso: el existencialismo, el estructuralismo, puro ismo.

–Pero si no es una moda –balbuceó Sebastián–, de esto se viene hablando, en arquitectura, por ejemplo, desde hace como unos veinte años... y en todo el mundo.

–No, a mí no me la pegan. Es otra jalada de los intelectuales europeos...

–...Y norteamericanos –se entrometió Sebastián.

–...Y gringos, pues. Da lo mismo, para el caso. Loqueras, masturbaciones, tonterías, blablaísmo, sin más. Insultos a la inteligencia. Hedonismo. Pura inercia libresca de la peor especie. Esterilidad. No hay manera, te digo. A ver, explícame. Dime cómo va eso de la postmodernidad o el postmodernismo o como se llame. Te escucho. Acuérdate que yo fui tu profesor de filosofía y que pasaste con las mejores calificaciones. ¡Ja, ja! Explícame.

Sebastián no quiso caer en la provocación y remitió a Pepe Grillo a las lecturas que le parecían más convenientes para ilustrar al viejo profesor. Lo admiraba, y aquello de sus buenas calificaciones en filosofía era cierto. Pero sentía, nítidamente, los horribles prejuicios en la actitud de Pepe Grillo. Lo lamentó con sinceridad. “Él se lo pierde”, pensó Sebastián, apesadumbrado. El profesor no paraba de insultar a los postmodernistas, sean quienes fueren. ¿Quiénes eran, por cierto? Eso también se lo preguntaba Sebastián. ¿García Márquez, postmoderno? Eso decía John Barth, postmoderno norteamericano. Pero Sebastián se acordaba muy bien de la refutación demoledora de Octavio Paz: el poeta mexicano había hecho trizas a Barth en un ensayo que apareció en *La Jornada*. Lo menos que le decía era “pueblerino”. ¿Pueblerino John Barth, el narrador transvanguardista?

A bordo de la “pesera”, apretujado entre una secretaria somnolienta y con seguridad monolingüe y un tipo torvo y musculoso –que sería agente de la policía judicial si no viajara en un transporte colectivo–, Sebastián repasó sus últimas lecturas: Lyotard, Deleuze, Baudrillard, seis o siete artículos de la revista española *Quimera* (¡así se llamaba también una novela de John Barth!), tres o cuatro renglones leídos en un ejemplar de *Telos* que hojeó en casa de su amigo Héctor y los textos del preciosísimo ejemplar de *Salmagundi* que en ese momento preciso, al pasar junto al edificio de Bancomer –¿sería eso, ese enorme prisma, arquitectura postmodernista?–, abrió ante sus ojos ansiosos.

La joven imaginación sebastianesca empezó, de repente, a alucinar un texto *hechizo*, desde luego firmado con su nombre y apellido, y aparecido deslumbrantemente en las páginas formidables de *Salmagundi*. En español ¿o en inglés? En inglés/español, pero no en chicano; era un extraño fenómeno: fantaseaba, leía, escribía y traducía al mismo tiempo. Todo en el espacio inicuo de la “pesera” promiscua, que en esos instantes se deslizaba, rechinante y esmeraldina, por la calle de Gabriel Mancera. Así rezaba el primer párrafo:

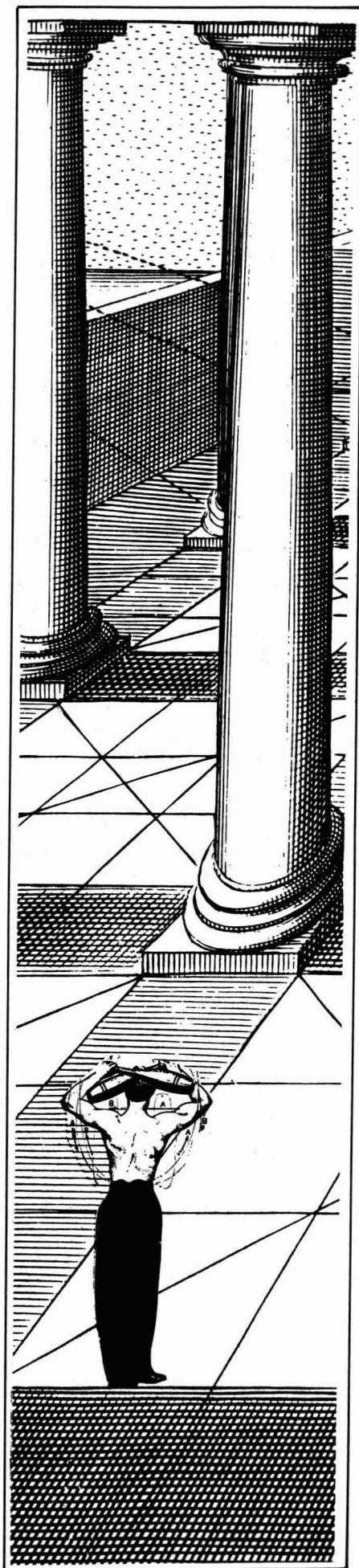
El realismo pictórico y narrativo tiene para Jean-François Lyotard una finalidad muy clara: “salvar a las conciencias de la duda”, tarea que desemboca en la multiplicación de “efectos de realidad” (o, para el caso, de “fantasías del realismo”). Las vanguardias atacaron frontalmente el realismo en nombre de la necesidad de los grandes cambios en la época de la entreguerra: si el mundo había cambiado tan radicalmente, la expresión de la realidad de ese mundo debería, por fuerza, cambiar y radicalizarse. La Tradición quedó sacudida y el siglo diecinueve se extinguió para siempre “no con una explosión sino con un suspiro”...

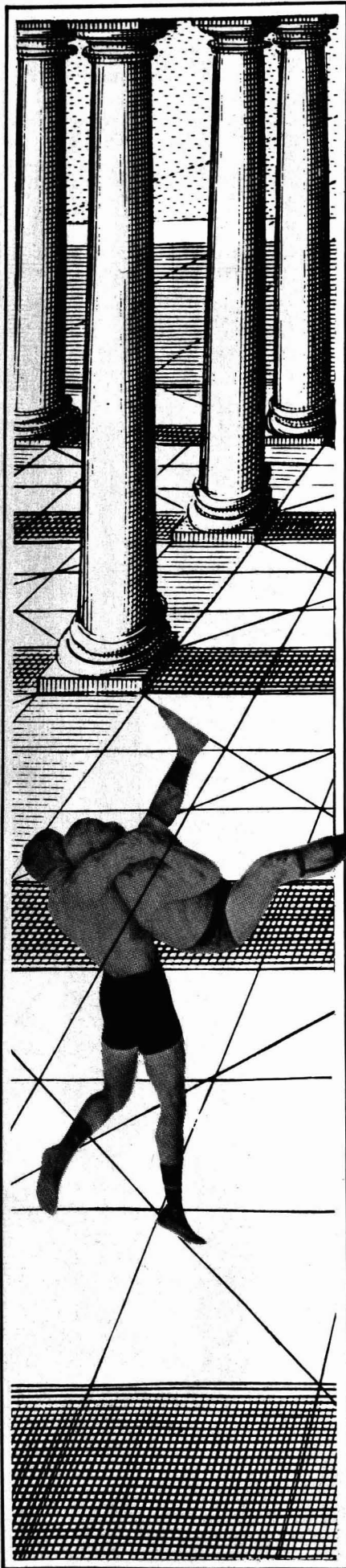
¡Notable! ¡Redondo, como se ufanara Alfredo Sevilla –su personaje, mejor dicho– en la película de Busteros, film mexicano postmoderno, si los hay! Esa cedilla debajo de la *c* de François era una joya: la respetarían en *Salmagundi*, aunque fuera difícil de mecanografiar; en una revista mexicana, no, ni pensarlo. El texto *hechizo* le estaba empezando a gustar más de la cuenta; Sebastián se inquietaba, por aquello de la horrorosa vanidad literaria. He aquí otro párrafo:

Vivíamos en la fatalidad de ser modernos y de estar *adelante* en el tiempo: la parte más avanzada del flujo temporal era, hasta hace muy poco, el presente: el hoy. *Ahora* esa noción, es o era el ápice de la sucesión cronológica. Pero irrumpió la postmodernidad, el difuso estallido del postmodernismo. Y con ello, también, se desató la oleada del futuro. La crisis de las valoraciones produjo la ondulación paroxística de la teoría, del arte, de los nuevos vitalismos: la transvanguardia.

La aparición de esa palabra, “transvanguardia”, era un acierto. Producía un efecto, ¿cómo decir?, *sinfónico*. Sebastián estaba embelesado, hechizado por el texto *hechizo*. ¿Cómo decir? Estaba en trance. Siguió así la deriva del texto *hechizo*:

El profesor Jürgen Habermas se convirtió en el principal y más escuchado, discutido y leído pensador del postmodernismo. Según Lyotard, Habermas es el principal testigo de cargo contra la modernidad: ésta no consiguió más que fragmentar la realidad frágil, especializando y compartimentando el pensamiento que la examina.





La consecuencia de ello fue, de inmediato, la separación dramática, desgarradora, de la cultura y la vida. Se hizo imperiosamente necesario volver la mirada hacia el futuro; el pasado se convirtió en una turbulencia crítica; el presente adquirió –y exigió– velocidades y texturas nuevas. Nació la postmodernidad. Ahora, nada menos que ahora, Lyotard se pregunta: ¿Qué fue la postmodernidad?, y escribe, sin ironía pero con una seriedad festiva, un libro titulado *La postmodernidad explicada a los niños*.

Sebastián tenía una idea muy vaga de ese libro de Lyotard, pero había leído un capítulo en *Quimera*. ¿Era una humorada del pensador francés? Bueno, él mismo lo veía como un ejercicio de “seriedad festiva”, según constaba en el texto hechizo urdido en el fragor del tráfico deefeo. La imaginación sebastianesca todavía tenía con qué fantasear:

Nada ha pasado y demasiadas cosas se han conmovido, sin embargo. “Que todo cambie para que nada cambie”, formulación programática de un tiempo –una época– que se extingue. Sí, desde luego: ¿quién o quienes en México se enteraron de lo que sucedía. Allá, en las desencajadas metrópolis postmodernas? Pocos, muy pocos; pero no importa: todo aquello que valga la pena nos alcanzará y estará a nuestra disposición –si nuestra disposición lo quiere.

Esa última parte de ese párrafo no le gustaba. Era medio moralista, ¿no? Sebastián corrigió mentalmente el párrafo, le dio vueltas en la cabeza como si se tratara de un vaso recién lavado que uno mira al trasluz; quitó una coma allá, hizo aquí de dos frases una sola, metió más guiones. Y siguió redactando en su febril fantasía hechizadora:

Quizá nunca antes en la historia, como en la segunda mitad del siglo veinte, se ha intentado con mayor energía una teoría y hasta una ciencia de la práctica artística. La pregunta estética moderna no es, para Thierry de Duve, sobre el ser de lo bello, sino más bien lo siguiente: ¿qué ocurre con el arte, qué ocurre con la literatura? Es una pregunta –propriadamente postmoderna– acerca del devenir de la expresión y de los contenidos. El espíritu vivió uno de sus postreros avatares en el seno de la modernidad; lo que afirmó la postmodernidad –lema, desafío, *spleen* de este otro contexto finisecular– fue un nuevo vitalismo, la necesidad de plantear una vez más el sentido del trabajo intelectual, la urgencia de remozar el arte... Surgió y se extingue en el seno del capitalismo. Explicada a los niños por Lyotard, quizá no nos abandone del todo en los próximos años –ya llegarán una postura y una praxis que la sustituyan. Así se fraguan, en la fatalidad del tiempo, los impulsos y las novedades de los clasicismos.

Este pasaje lo dejó exhausto. No sabía quién era Thierry de Duve, pero si lo citaba Lyotard estaba bien, muy bien. “¡Qué rollo!”, se dijo, pero siguió con mayores energías. Las casas de la Colonia Del Valle pasaban raudamente a los lados de la “pesera” y apenas entraban en la atención del muchacho. El texto hechizo seguía desenvolviéndose, desenrollándose:

Lo que va de Marcel Duchamp a Steve Reich y Philip Glass, por decir algo, es el arco del eclecticismo postmoderno. Para Lyotard, el ser ecléctico de la deriva transvanguardista es ni más ni menos que una postura cínica: sujeta, determinada y usufructuada por la lógica del capitalismo, suprema invención de la postmodernidad, que la devora y se aprovecha de ella, simultáneamente. Equivalencias: para

Liotard, el contenidismo edificante del arte partidista (paradigma realista socialista) juega el mismo papel, en una sociedad socialista, que el papel que se le asigna al postmodernismo ecléctico en el capitalismo.

La mención de los dos músicos norteamericanos (“gringos”, diría despreciativamente su profesor, el viejo y rudo Pepe Grillo) era también un acierto. Así se vería, se leería, que él no era nada más un “libresco”. También escuchaba mucha música, en especial las obras del minimalismo. Hasta había adquirido, en la fayuca de Tepito, un *walkman* para escuchar a Reich y a Glass en los fieros autobuses de la Ruta 100. Sebastián sentía que el impulso de su inspiración cedía. Alcanzó a pergeñar, en su fantasía, dos últimos párrafos de su ensayo:

Imágenes solarizadas, minimalismo, fluctuaciones de la teoría, vocabularios espectaculares, música fragmentada y/o repetitiva: el postmodernismo es nada más, pero también nada menos, que un pliegue en la deriva del fin de siglo, un apetito por señalar caminos para las respuestas globales.

Se sentía bailando “un vals sin fin por el planeta”, como leyó una vez en López Velarde. Mira tú que recordar a López Velarde en estos momentos: qué desastre. Pero retomó el hilo de su imaginación. Del recuerdo lopezvelardiano quedó la palabra “vals”, que bien podría ser una provocación estupenda para cerrar el hechizo de su texto, poner el punto final y seguir devorando con los ojos lectores los textos admirables de la postmodernidad irradiante. Ante los ojos de su espíritu, se apareció el último tramo de su texto:

El vals postmoderno da sus últimos giros y es hora ya de explicarle estas danzas a los niños. Para Lyotard, se trata de pasar a otra cosa. Porque, como diría Carlos Monsiváis, uno ya no entiende lo que está pasando o bien ya pasó lo que estaba apenas entendiendo.

La mención de Monsiváis no acabó de agradaarle. ¿Era Monsi postmoderno? Quizás habría que revisar esa última parte, suprimir el nombre del escritor mexicano y redondear bien el texto, con una cita francesa o norteamericana. Recordó a Pepe Grillo. ¿De dónde tantísimos prejuicios? Ya lo sabía: de la antigua militancia izquierdista del viejo profesor. En los años cincuenta había sido, incluso, miembro del Partido Comunista y Sebastián creía recordar, con muchos trabajos, que Pepe Grillo había estado en la cárcel en los años 58-59, luego de las huelgas de aquellas épocas ya completamente perdidas en las tinieblas. ¡Si el Movimiento del 68 ya estaba más que superado, olvidado, difunto! “Qué mal gusto pensarlo así”, se recriminó Sebastián. “En el 68 hubo muertos, carajo”, sintió que le decía una vocecilla dentro de la cabeza. Pero al instante olvidó esa leve distracción “historicista” y definitivamente mexicana. Fue como si despertara de un sueño: la secretaria lo pisó con un tacón alto y afiladísimo y bajó torpemente de la “pesera”; otro tanto hizo el tipo fornido que parecía judicial. La camioneta verde estaba detenida y no parecía que iba a avanzar: el conductor volteó a ver a Sebastián.

—Aquí es la base. Hasta aquí llego —le dijo, medio burlón, al descubrir el despiste total de Sebastián, que no acababa de cerrar la boca después del éxtasis.

El muchacho descendió de la “pesera” y caminó como hipnotizado. Luego recompuso su ánimo y se dirigió, silabeando una tonada de Laurie Anderson, a la entrada de la estación Etiopía del metro de la Ciudad de México, Distrito Federal.◇

